

madre D.^a María Cristina de Borbón. Cortesano por primera vez de su vida, pero cortesano de una Majestad proscrita, violentamente despojada de la tutela de sus hijas y de la Regencia del Reino; ligado por otra parte con estrechos vínculos de gratitud á la augusta Señora por la especial confianza que le debía, no menos que por la benévola acogida que desde su primera juventud le había merecido; Donoso, en cumplimiento de tan sagradas obligaciones personales, no menos que en defensa de los intereses de su partido y de acuerdo con todas sus doctrinas y opiniones, hizo entonces esfuerzos que no vacilarán en calificar de heroicos los que saben cuán grande era su indecisión característica para obrar conforme á aquellas propias opiniones y doctrinas tan independientemente concebidas, como enérgica y hasta temerariamente profesadas. En fines de la primavera de 1841 vino á Madrid con especial y directo encargo de la Reina Madre para defender en la prensa y ante el propio Gobierno nacido del pronunciamiento de Septiembre los derechos maternales de aquella Señora, ya que no los que la misma había renunciado á la Regencia y Gobierno del Reino, al dejar las playas españolas en Octubre de 1840; y en efecto, competentemente autorizado por el Duque de la Victoria, cerca del cual cumplió Donoso su encargo con tanta lealtad como energía, publicó en *El Correo Nacional* su artículo *sobre la incompetencia del Gobierno y de las Cortes para examinar y juzgar la conducta de S. M. la Reina madre D.^a María Cristina de Borbón, en su calidad de tutora y curadora de sus augustas hijas*. La naturaleza misma de este escrito, junto con la agitación que entre los partidarios de la majestad proscrita engendraron las circunstancias en que se publicaba, las esperanzas que sostenía y los proyectos á que pudiera servir de base y de consigna, despertaron los recelos y mermaron la longanimidad con que había prometido tolerarlo aquel Gobierno, sólido en la apariencia, porque la fuerza material le apoyaba; débil en la realidad, porque radicalmente le combatían la ilegitimidad de su origen, la consiguiente violencia de sus medios y su absoluta carencia de fines verdaderamente políticos. Donoso tuvo entonces que abandonar una misión para cuyo perfecto y fecundo cumplimiento le faltaban ya libertad y recursos; y, días antes de los sangrientos sucesos de 7 de Octubre de aquel mismo año, regresó precipitadamente á París, donde le aguardaban nuevas y más señaladas muestras de la regia confianza, como premio de la celosa lealtad con que había correspondido á ella, y como justa recompensa de los riesgos que había corrido durante su corta permanencia en España.

Constituyéndose entonces cronista de aquellos sucesos, *quorum pars magna fuit*, escribió su relación histórica del *origen, progreso y definitivo resultado de la cuestión de tutela de su Majestad D.^a Isabel II, y de la Serma. Sra. Infanta su hermana*: artículo político, más bien que verdadero ensayo histórico, forma sin embargo este escrito parte integrante de los trozos que dos años después compuso como principio de una *Historia de la Regencia de D.^a María Cristina*, trabajo intentado con el propósito más grave de trazar un cuadro completo del último período de nuestra revolución política. El público aplaudirá que hayamos resuelto no insertar estos trozos en la presente edición, si teniendo en cuenta, por una parte, que no son sino fragmentos incoherentes de una obra apenas bosquejada, considera también los naturales inconvenientes que ofrece la publicación de hechos y el juicio acerca de personajes que, por la reciente fecha de los primeros, y por la circunstancia de vivir todavía muchos de los segundos, no han pasado en realidad al dominio de la verdadera historia. Ordenados y sellados bajo seguro depósito quedarán en reserva para tiempos más oportunos, tanto los trozos ya escritos de aquella historia, como la gran suma de importantísimos datos recogidos por su autor, quien había probablemente renunciado á continuar su comenzada empresa, como le ha sucedido con otras de índole semejante.

Su ya elevada posición política, y la fama de sus escritos, que por entonces empezaron á ser conocidos en Francia, ibanle granjeando la estimación y el trato de ilustres publicistas y literatos de aquella nación, cuya amistad y simpatías le han acompañado lealmente hasta el sepulcro. Entre otros círculos políticos y literarios que le honraron con especiales distinciones, señalóse principalmente el Instituto histórico de Francia, nombrándole su miembro residente. Esta época de su emigración es una de las que más ejercitaron su infatigable actividad; como también de las más provechosas para el desarrollo de las dos facultades que constituyendo, por decirlo así, los dos puntos extremos de su inteligencia, le hacían tan perspicaz para prever lo futuro, como apto para juzgar lo presente. Los que tenían por cosa averiguada y por hecho incuestionable que Donoso no servía para la vida práctica, para lo que vulgarmente se llama *un hombre de negocios*, y él mismo, cuando lo aseguraba de sí propio, todos habían estado ciegos para no ver que las calidades eminentes de su talento eran, por una parte, un conocimiento exacto, profundo y rápido de las personas y de las cosas con que se hallaba en contacto; y por otra, una asombrosa percepción de las

últimas consecuencias de los hechos y de los caracteres. Su espíritu se lanzaba, es cierto, con un ímpetu asombroso en las regiones de lo absoluto: la índole de su dialéctica, junto con el ardor de su imaginación, le llevaban á generalizar todas las doctrinas y todos los hechos, formulando súbitamente á veces, y como de salto, conclusiones cuyo valor sintético suele no aparecer bastante demostrado: todo esto es verdad, y no lo es menos que las llamadas extravagancias de su estilo á veces no lo son sino por la rapidez con que están formuladas las conclusiones; pero no es menos cierto que para llegar á estas síntesis siempre profundas, siempre comprensivas, que ora nos maravillan por lo exactas, ora nos chocan por lo prematuras, había ya su talento recorrido todos los grados de la observación más penetrante, del análisis más completo que pueden pedirse al psicólogo más minucioso. Descripciones tiene hechas de caracteres, que le envidiaría Lavater. Los que le trataban, saben con qué agudeza sondaba los más ocultos pliegues del corazón humano, y la espontaneidad con que á sus labios acudía la frase propia y adecuada para calificar las cosas lo mismo que á las personas. Donoso no era *hombre de negocios* por dos razones muy poderosas: primera, porque le estorbaban para pensar; y segunda, porque las calidades de carácter, que son las que constituyen la aptitud para los negocios, valían mucho menos en él que las calidades de su inteligencia y que las grandes dotes de su corazón. Sólo la caridad cristiana, apoderándose, como se apoderó en estos últimos años, de su corazón y de su espíritu, fué capaz de modificar su carácter hasta el punto de convertirlo de naturalmente perezoso en febrilmente activo, y de tímido con exceso en temerariamente arrojado para cuanto creía de su deber.

Las cualidades eminentes de su talento que dejamos consignadas, tenían en París, y sobre todo en los altos Círculos que él frecuentaba, un vastísimo teatro en que ejercitarse; y sin duda son ya un resultado, como son una muestra de lo que se habían desenvuelto con el ejercicio, la preciosa colección de sus *Cartas de París al Heraldo* en 1842, donde juntamente se encuentran, con aquellos admirables retratos de algunos personajes políticos de Francia, aquellos juicios sobre la Monarquía de Julio y aquellos pronósticos acerca de su suerte futura, de los cuales, los primeros son hoy ya lugares comunes de la historia contemporánea y los segundos han sido realizados con tremenda exactitud por la revolución de Febrero. Donoso, que por muchas calidades de su espíritu, y hasta por los hábitos de su educación intelectual, tenía mucho de francés en

el fondo, y en la forma, supo ver claramente y definir con precisión los gérmenes de inmediata ruina que abrigaba en su seno aquella sociedad de gentes que parecían convidadas á un eterno festín y aquella civilización rica, variada y culta, que tan embebecidos solía dejar á nuestros galómanos compatriotas, los cuales, oyendo aquellos juicios y aquellos pronósticos, más de una vez, con su beatífica sonrisa de protectora suficiencia, aseguraban, como artículo de fe, que su autor *veía visiones*.

Así compartía sus estudios y trabajos favoritos con las tareas menos fáciles y más peligrosas que le imponían su continua asistencia al lado de la Reina madre, y su activa correspondencia con los miembros influyentes del partido moderado, que bajo su dirección ó con su consejo mantenían aquí en España suspendida sobre el Gobierno de Septiembre la espada que acabó por matarle en el verano de 1843. Esta fué la época en que aquel partido, que había pasado por un verdadero *Exodo* en 1840, volvió á poseer la tierra prometida, no sin haber atravesado su mar Rojo por entre los *pronunciamientos* correspondientes, y no sin haber hundido en los abismos tenebrosos á todos sus enemigos. Tocaba de derecho á Donoso en la victoria una parte cuando menos igual á la que había tenido en el combate y en los riesgos; y efectivamente, del Trono y de sus colegas políticos empezó entonces á recibir altas muestras de estimación y de respeto que, dicho sea en honra de nuestro país, no le han negado ni escatimado en ninguna época de su vida. Electo diputado por su provincia natal para las Cortes de fines de aquel año, contribuyó con varonil elocuencia y erudición oportuna á que el Congreso abreviara los términos fijados por la ley del Reino para declararse la mayor edad de D.^a Isabel II; con cuyo motivo pronunció el 7 de Noviembre un discurso tan justa como universalmente aplaudido, al cual se siguió, por vía de ampliación y comentario, el artículo que, titulado *Apuntes sobre los reinados de menor edad*, publicó el propio mes en la *Revista de Madrid*.

A principios del siguiente inmediato Diciembre pasó á París con el carácter de Ministro plenipotenciario y Enviado extraordinario de nuestra Reina en misión especial cerca de su augusta madre, D.^a María Cristina de Borbón: y á principios también del siguiente Enero se hallaba ya de vuelta en Madrid, cumplido su encargo, que fué el de preparar digno y conveniente regreso á España de aquella señora. Dos meses después era condecorado con la gran Cruz de Isabel la Católica, al propio tiempo que nuestra joven So-

berana, dignándose nombrarle su Secretario particular, le daba la más completa y honrosa muestra de la especial confianza que le merecía y del grande aprecio en que tenía sus servicios.

Terminada por entonces la guerra civil; desconcertado el partido progresista por sus propias disensiones; vencido y desheredado de la porción de poder y de influencia que le daba derecho á esperar el concurso activo que su coalición con los moderados prestó para crear la nueva situación política, era llegada la primera época, desde la muerte de Fernando VII, en que el poder público, verdaderamente fuerte, hallase ocasión y medios de crear y consolidar un sistema de gobierno y de administración. Tal al menos fué el deseo y el propósito del partido moderado, que hallándose por el pronto con la fuerza y solidez necesarias para cumplirlos, estaba además formado en la única escuela política que por entonces profesaba en nuestra España algunas doctrinas positivas y algún plan realizable; dado que el partido progresista no había profesado más sistema que el de negaciones en el orden teórico y de supresiones en el orden práctico, y que el partido carlista había quedado enteramente fuera de combate. Donoso era naturalmente llamado á tomar una parte muy principal en aquella empresa tan ardua como prolija; y efectivamente, en todas las tareas emprendidas, como en las principales instituciones creadas desde 1844, se halla su cooperación ó su asistencia. Como diputado, por cuarta vez elegido en Octubre de 1844, redactó y defendió con varios discursos el proyecto según el cual quedó reformada en 1845 la Constitución de 1837. En Enero siguiente de 1845 pronunció también un notabilísimo discurso sobre la dotación del culto y del Clero, contribuyendo de este modo á iniciar la reparación de las graves ofensas que venían de años atrás acumuladas contra la Iglesia y sus ministros. En Octubre del mismo año fué nombrado miembro del Consejo Real ordinario, que entonces se instalaba; y como juzgase este nuevo cargo incompatible con el que durante año y medio venía desempeñando de Secretario particular de la Reina Isabel, pidió y obtuvo ser relevado del mismo, mereciendo en su consecuencia la especial distinción de que S. M. le nombrase, al tiempo de relevarlo, su gentilhombre de Cámara con ejercicio, como si quisiese de esta manera mostrarle su intención y deseo de continuar otorgándole fácil y frecuente acceso á su augusta persona. Sujeto á reelección por su nuevo cargo de Consejero, y en su consecuencia honrado por quinta vez con los sufragios de su provincia, tuvo ocasión de pronunciar su erudito discurso en de-

fensa de las proyectadas bodas de nuestra Reina y de su augusta hermana, que á la sazón era el más grave asunto de los que agitaban á nuestros partidos. Donoso, como puede suponerse, prestó una cooperación directa y eficacísima para realizar aquellos regios matrimonios, con ocasión de los cuales fué condecorado por el Gobierno francés con las insignias de gran oficial de la Legión de honor, y por la merced de su Reina con el título de Marqués de Valdegamas, Vizconde del Valle.

No faltaban quienes le viesan con desdén ó sobrecejo bogar tan prósperamente en las olas agitadas del favor cortesano; y aun de entre sus amigos sinceros solía de vez en cuando, en el seno de la mutua confianza, desprenderse tal cual chispa de ingenio, cuando no un manifiesto reproche por aquel aluvión de blasones que se iba acumulando para decorar un nombre que ciertamente sin ellos era ya bastante ilustre. Donoso, á quien ni las ingeniosidades ni los reproches en este asunto ofendían jamás, tenía para todos una respuesta que él mismo en tono familiar formulaba así cierto día, dirigiéndose á uno de sus amigos verdaderos: — Dig. Ud. ; si Ud. fuera un rabioso demócrata, y para ganar voluntades necesitara frecuentar encrucijadas y tabernas, ¿qué traje usaría Ud.? ¿No le sería lo más conveniente ir con chaqueta al hombro, garrote en mano y calado el gorro frigio? Pues aplique Ud. el cuento, amigo mío: todo lo que mis ideas tienen que hacer en el mundo, se hace principalmente en los palacios: ¿qué traje quiere Ud. que me ponga, sino el que usan los palaciegos?—Muy descontentadizo ha de ser quien tenga que replicar á esto, pero piénsese de ello al cabo lo que se quiera, nadie ciertamente habrá tan ignorante de las calidades características y de los hábitos familiares de Donoso, que en ninguna época de su vida pueda creerle poseído de la pueril vanidad que se alimenta con diplomas y blasones. Cabalmente, uno de los contrastes más bellos de su vida era el que formaban la modestia de su porte y la sencillez de su trato con la elevación de su entendimiento, y la altisonancia de sus frases. Cabalmente, esta propia modestia y esta propia sencillez eran las que le hacían pesado y molesto el trato cortesano, á cuya frecuentación le obligaba su forzosa y no secundaria intervención en los asuntos políticos.

Sentaba mal á su carácter y contrariaba demasiado las tendencias de su espíritu esta actividad, para que pudiera sobrellevarla mucho tiempo ni con mucha afición. Ya el lector habrá observado que en el período que vamos reseñando no se menciona escrito alguno de nuestro personaje, así como también que entre sus discursos

parlamentarios ninguno hay que citarse deba con especial encomio, habiendo sido todos consagrados á cuestiones políticas ó de un interés pasajero y secundario, ó extrañas cuando menos á la índole y al progreso de sus tendencias filosóficas. De esta regla general no merece verdaderamente ser exceptuado sino el discurso acerca de la política internacional de España, que pronunció poco después de abiertas las Cortes de 1847, para las cuales, en virtud del nuevo sistema electoral creado el año anterior, había sido diputado por su distrito natural de Don Benito. Levantándose, en aquella peroración, sobre todas las cuestiones de política transitoria, que no sin calor habían ya iniciado las distintas fracciones de la Cámara; hizo resonar en medio de aquellas luchas, tan estériles como peligrosas, la voz del patriotismo, llamando la atención de la Asamblea hacia los intereses permanentes y fecundos de nuestra España; determinando el carácter y los límites de las alianzas que nos convienen; señalando los actos y las tendencias de nuestra antigua diplomacia, de nuestra política tradicional; considerando, en consecuencia, como objeto y término propios de nuestra ambición y de nuestros proyectos al Portugal y las costas africanas: verdadero recuento de nuestras glorias, verdadero resumen de nuestros intereses, verdadero despertador de nuestras legítimas esperanzas, que debieran pasarse de mano en mano, como un sagrado depósito y como regla fundamental de conducta, nuestros hombres de Estado. El Congreso le oyó con vivísimo anhelo y le aplaudió con desusado entusiasmo: lloró con él sobre la tumba de la infortunada Polonia; siguió con él la marcha triunfante de nuestros antiguos guerreros; y con él saludó la aurora venidera del día en que, movidos y guiados por una política propia, generosa y grande, acudamos adonde nos llaman el honor de nuestro nombre, el interés de nuestro porvenir y la voz de nuestros padres.

Aparte de este discurso, repetimos, ninguna otra producción digna de mencionarse especialmente encontramos desde 1843. Y sin embargo, la laguna que en esta parte nos ofrece la vida de Donoso contribuye en gran manera para explicarnos la profunda revolución que vamos á ver obrada en su espíritu desde el período á que hemos llegado.

V

Su inteligencia había recorrido todas las fases en que sucesivamente podían y debían colocarla la voracidad de su imaginación, el ardor de su carácter, la experiencia del mundo: en Filosofía, desde el dogmatismo racionalista, pasando por el criticismo ecléctico, hasta el casi anulamiento de la razón: en política, desde la juvenil exaltación de un liberalismo ambicioso, pasando por el doctrinarismo parlamentario, hasta la condenación del parlamentarismo y de los doctrinarios. Había visto en su infancia la desatentada crueldad de las reacciones políticas: había visto en su juventud la bárbara impetuosidad de las revoluciones: había pertenecido en su edad viril á la escuela que busca la fusión de la libertad y el orden en transacciones absurdas é imposibles: había tocado de cerca la lava ardiente de las pasiones, y sufrido el choque de las luchas políticas: había probado las amarguras de la proscripción y las dulzuras de la victoria: había experimentado que las granjerías del favor cortesano y las honras de este mundo no dan felicidad, ni aun reposo á las almas bien templadas: había recorrido las páginas de la historia para buscar en ellas, no lo nuevo, sino lo verdadero: se sentía carecer de una fuerza que domase sus apetitos violentos y de un auxilio que restaurase la flaqueza de su corazón: hallábase, en fin, al rayar en su edad madura, con mucha ciencia vana, con mucho desengaño cierto, sin fe viva, con esperanza débil, con estéril ternura, con infecundas lágrimas. Era llegado el momento; y como si Dios hubiese querido disponerle convenientemente para la prueba, permitiéndole pasar cuatro años de una vida activa para su cuerpo, de reposo para su espíritu, impuso silencio á su palabra y empezó á sembrar en su pecho los dolores. Las causas estaban ya perfectas: no faltaba más que la ocasión, y la divina misericordia no se la hizo esperar mucho tiempo.

Dejémosle hablar á él mismo: "Yo siempre fui creyente en lo íntimo de mi alma; pero mi fe era estéril, porque ni gobernaba mis pensamientos, ni inspiraba mis discursos, ni guiaba mis acciones. Creo, sin embargo, que, si en el tiempo de mi mayor abandono y de mi mayor olvido de Dios me hubieran dicho:—Vas á hacer adjuración del catolicismo ó á padecer grandes tormentos—me hubiera resignado á los tormentos por no hacer abjuración del